

en el recto é irreprochable proceder de ese buen muchacho, que antes que castigo merece premio; aquí de lo que se trata es de fastidiarlo y vejarle de cuantos modos sea posible, y desgraciadamente abundan los medios. Va usted á ver cómo nos niegan la libertad bajo fianza; como saben que usted estará dispuesto á depositar el dinero que como garantía se señale, no fijarán ninguna cantidad. En fin, nuestra obligación es hacer todo lo conducente por ese pobre muchacho.

Cerca de las nueve de la noche recogióse don Marcos, cenó de mala gana, y fué tanta su preocupación, que se le olvidó leer á Castelar; su sueño fué inquieto y agitado; soñó con fortalezas sombrías, con cárceles siniestras, con los plomos de Venecia, con las prisiones inquisitoriales. La imagen del prisionero de Chillón tomó en una de sus pesadillas la cara de su boletínista, se le figuró ver á Pacotillas confinado en un calabozo tallado en la roca y atado por gruesa cadena á un gran poste. En la siguiente pesadilla, más horrible aún, contempló al gacetero de Holanda, después creyó que este infeliz era él mismo, y despertó dando un grito pavoroso porque sintió que tres ratas enormes le roían los pies. Lanzó un suspiro de satisfacción al comprender que todo había sido un sueño, y, cambiando de postura en su cómodo y mullido lecho, trató de volverse á dormir.

CAPÍTULO XVI

Reyertas conyugales

Los vengativos planes del Chango se ponían en ejecución á las mil maravillas; en vano los abogados, encargados de la defensa de Pacotillas, pusieron en práctica cuantos medios les sugirió su buen deseo; nada pudieron conseguir; el juez, considerando que el procesado era un muchacho sin arraigo ni hogar constituido legítimamente, y sin profesión conocida, un vago y mal entretenido, no admitió garantía alguna, y negó terminantemente la libertad bajo fianza.

Robles se encontraba, pues, satisfecho en este respecto. Una tarde en que, después de saborear la succulenta comida diaria, había subido á su estudio á divagar un rato y tomar un café delicioso, y hojeaba diversos libros, fué interrumpido en sus cavilaciones por la inesperada visita de Torres.

Era éste aquel famoso gacetillero y cronista de *La Bandera del Progreso*, que á la sombra benéfica de Robles seguía la carrera periodística, haciendo no pocos negocios que ya le iban creando una posición. Trataba al Chango con intimidación, le ayudaba en cuanto era preciso, y el opulento secretario del Ministro no tenía secretos para él. En el grave asunto de Pacotillas, Torres había sido encargado de diversas misiones de confianza, llevaba recaditos al agente y al juez, y era el intermedio entre Robles y los instrumentos de su venganza.

—Traigo grandes noticias, Juan,—dijo entrando de rondón en la pieza en que Robles gratamente divagaba.

—Ve desembuchándolas,—dijo Robles sin dejar el libro.

—Pero antes dame café y un trago de coñac.

—Puedes tomar ambas cosas, al alcance de tu mano están.

Torres sirvióse, ofreció cigarro al Chango, sentóse junto á él y dijo:

—De esta hecha quedas libre de Pacotillas, el asunto se va á arreglar por sí solo, tienes una suerte colosal.

—No te entiendo: ¿va el juez á sentenciar ya?

—¡Qué juez ni qué ocho cuartos! ¿No te digo que el asunto se va á arreglar por sí solo? ¿A qué no adivinas?

—No estoy de humor de descifrar charadas, he pasado un día muy desagradable; esta mañana me aburrieron horriblemente en el ministerio, no pude venir á comer hasta las dos. Aquí me encontré á Rosa con su perpetuo malhumor, su sempiterna jaqueca y sus reproches de costumbre; estuvo fastidiosa como nunca, tuve que hacer muchos esfuerzos para conservar mi sangre fría; conque anda, suelta tus noticias: veamos si son tales que maten la rata que me está royendo las entrañas.

—Pacotillas, como ya lo sabes, lleva días de estar enfermo; se creía que fuera una indisposición sin importancia, causada por su temperamento nervioso y por las molestias de la prisión; pero esta mañana la situación se ha aclarado, y ya se sabe de qué se trata.

—Dímelo, y no me cargues la paciencia, que estoy como agua para chocolate.

—Pues tiene tifo.

—¡No me lo digas!—exclamó el Chango, saltando en la butaca, arrojando el libro que tenía en la mano y descargando en la mesita un puñetazo tal que por poco vuelca la botella de coñac y hace trizas las tacitas de porcelana.

—Pues así es.

—¡Sólo esto me faltaba!—exclamó el Chango, poniéndose en pie y mesándose los cabellos con impaciencia; —siempre he creído que este maldito era mi mala sombra; desde el día que lo traje á comer mi mujer está inaguantable, el negocio de su prisión me ha causado indecibles disgustos; sólo me faltaba lo que acabas de decir para darme á todos los diablos.

—Ignor por qué te hace tan mal efecto la noticia, yo en tu lugar lo celebraría.

—No seas bruto, hombre,—dijo el Chango sentándose de nuevo, apurando con mano febril una copa de coñac, y haciendo violentos ademanes:—¿no ves que la grave é inesperada enfermedad, que le ha dado á ese infeliz, nos hace representar un papel muy odioso? Nós hemos resistido absolutamente á ponerle en libertad bajo fianza, no hemos hecho caso de la indisposición que le dió; ahora está de gravedad, y si muere, las gentes van á decir que nos hemos ensañado con un infeliz, que hemos procurado su muerte, y ¡qué sé yo cuántas cosas más!...

—Te pones en el peor caso: ¿por qué se ha de morir? Que está enfermo, pues mandarle al hospital, recomendando que se le cure con eficacia, y se le trate con mucha consideración; cuando se alivie, volverá á la cárcel,

y quedamos conformes y en el mismo estado que ayer.

— ¿Y si se muere?

— ¡Pst! lo entierran, ni modo que digan que lo envenenaste. La cárcel está en muy malas condiciones higiénicas, comienza la epidemia de todos los años. ¿Qué culpa tienes tú de eso, ni de que se haya contagiado, ni de que no pueda resistir la enfermedad?

El Chango se había quedado pensativo: le apenaba la enfermedad de Pacotillas, á quien sinceramente estimaba; al reducirle á prisión no se había propuesto más que intimidarle, para que no siguiera escribiendo; pero por nada del mundo hubiera querido que su antiguo discípulo sufriese algún mal de trascendencia. Después de un rato de silencio, dijo:

— No te puedes figurar lo que me contraría esta enfermedad de Pacotillas; pero después de todo tienes razón, no hay que apurarse más de lo justo, ni ponerse en el peor caso. De buena gana quisiera encontrar un medio honroso de terminar este asunto; en fin, lo pensaremos, ahora estoy de mal humor. Vamos á dar una paseada, hazme favor de decir que pongan el coche.

Salió Torres á cumplir el encargo de su amigo, volviendo al poco rato; le charló, le contó anécdotas picantes, procurando quitarle el aburrimiento. A poco el criado avisó que el coche estaba listo, Robles dijo á su amigo que bajara á esperarle, que él iba á ver en qué estado se encontraba su mujer.

Rosita estaba inaguantable; según decía, la punzada la había atormentado sin concederle descanso; recibió á su marido del peor modo, desdeñó sus mimos y caricias,

le llamó hipócrita y falso, que sólo iba á verla por cubrir las apariencias, y acabó por mandarlo á paseo.

— A paseo voy,—dijo el Chango para sí, mientras que con Rosita se fingía cariñoso y se quejaba de lo mal que había sido recibido.

— ¿Cómo te he de recibir bien, cuando vienes por mera fórmula? ya vino ese Torres á sacarte de tus casillas, ¡vaya con tus amigos! y éste ¿tiene también mucho talento como el otro?

— Búrlate, búrlate, al cabo tu maridito todo lo recibe bien de tí; ya vuelvo, vida mía.

— ¡Hipócrita! ¡falso! ¡meloso! gritó Rosita, dirigiéndose á su marido que salía.

Torres se había instalado ya en el coche, Robles ordenó al cochero que los llevase á Chapultepec, y se sentó junto á su amigo. Serían las cinco de la tarde, el tiempo estaba delicioso.

— ¿Hubo pelotera?—dijo Torres.

— Como siempre, pero yo tengo mucha cachaza, firme como roca aguardo la embestida de mi mujer; mientras más áspera, yo más dulce; ¡ah, qué vida!—y rió forzosamente.

— Pues es claro, hombre, cachaza y más cachaza.

— Por cachaza no queda, lo malo es que Rosa me va conociendo el juego, mi situación es muy difícil.

— Pero tienes mucha habilidad.

— Esta tarde estás bruto como nunca. Bien sabes cuál es el caso: la pobre me quiere bastante, pero yo no la quiero, y apenas puedo soportarla; ella comienza á comprenderlo, porque las mujeres tienen para eso una sagaci-

dad endiablada, y mi desvío la hiere profundamente en su orgullo, que es colosal. A mí lo que me contraría más es el poco tiempo que llevamos de casados, y aunque el marrullero de don Librado ha triplicado, valiéndose de mi influjo, la suma que entregó á Rosa al casarse, no me parece oportuno ni decente romper tan pronto.

— Es verdad, pero dentro de dos ó tres meses podrás hacer lo que te parezca. ¿Por fin ganaste mucho en el arreglo de ese contrato que tiene en la cárcel á Pacotillas?

— No tanto como esperaba; sin embargo, he recogido unos cuarenta mil pesos.

— Pues entonces estás en buen caballo, al diablo los disgustillos, yo daría de barato el fastidio de cargar con una mujer peor que la tuya, por la mitad de tus ventajas. Ea, fuera el mal humor, yo me encargo de divertirte, te tengo preparada una sorpresa.

— Con tal que no sea como la del otro día, yo que esperaba una cosa buena, y tú que fuiste saliendo con aquel tipo; ¡vaya, hombre! ganas me dieron de apalearte.

— No, ahora sí es cosa buena; no te digo más para que tu sorpresa sea mayor.

— Corre las persianas, vamos á llegar al paseo y no estoy de humor de saludar á nadie.

Callaron un rato los dos amigos; el Chango estaba agitado por mil encontrados pensamientos, sentía una especie de hartazgo moral que le hacía verlo todo con indiferencia, y aun con disgusto; en el año escaso que llevaba de vivir como gran señor, se había lanzado como potro desbocado en pos de todos los deleites; estaba cansado, y sin embargo su inquieta naturaleza, su temperamento

especial, y su concupiscencia excesiva, le hincaban, como aguijón terrible, el deseo de sensaciones nuevas é intensas, de latigazos de placer que le sacudiesen.

El suave movimiento del coche le causó una especie de somnolencia, en cuyo fondo gris se destacaban dos siluetas: una torva y triste, la pálida figura de Pacotillas, su excelente condiscípulo á quien de veras quería; y otra sonrosada y halagüeña, la de una mujer desconocida, jamás vista, aunque siempre soñada por la sensual fantasía del Chango.

Torres era el encargado de organizar las escapatorias de aquel gran soñador joven, de procurar vivas impresiones á su sensualidad siempre exigente, de satisfacer los instintos plásticos de aquel artista de la carne. No siempre el servil amigo salía airoso de la difícil empresa, mas cuando conseguía aturdir gratamente al descontentadizo señor, ya podía contar con pingüe y valiosa recompensa.

— Si después de todo tendrá razón Pacotillas, — pensaba el Chango, — si él habrá sido el listo en la vida y yo el tonto. El ha sabido ser feliz en la miseria, y yo, nadando en la abundancia, siento una sed, un anhelo y una inquietud que nada calma; ¿quién sabe si Pacotillas en el calabozo, sufra menos que yo en mi palacio cursi? ¡Ea! ¡basta de tonteras! ¡que cada cual siga el impulso de su naturaleza! — y, sintiendo un calor sofocante y mucha gana de fumar, dijo á Torres:

— Abre las persianas.

Torres obedeció. Pasaban frente á Chapultepec, que se destacaba majestuoso sobre su pedestal de piedra, y ceñido por la áurea corona de los postreros rayos del sol.

Fumaron un cigarro, charlaron de varias cosas, mientras que el coche, que había entrado en el bosque, daba vueltas entre las hileras de corpulentos ahuehuetes. La tibia ola del buen humor inundó al Chango, sintió impulsos de bromear y dijo:

— ¡Vaya que te luciste con tu Virginia! una muchacha flaca, trigueña, amanerada y mustia; con decirte que no se me podía quitar de la cabeza la idea de que era Rosa, á cada momento se me figuraba oírle gritar: ¡ay! ¡mi punzada! y verla hacer un visaje; — y el Chango se rió á carcajadas, pensando en la triste figura de su mujer, y en lo que se ponía en ridículo en ciertas circunstancias muy delicadas de la intimidad.

Torres se disculpó de aquel fracaso: él no tenía la culpa, le hicieron una pintura exagerada de aquella costeña, él no pudo comprobar la exactitud del retrato. No sucedería lo mismo con la amiga que iba á presentar á Robles esa noche, esa sí era de regalo, realizaba el ideal de un poeta, no romántico, por supuesto, sino poeta griego. ¡Vaya! podía servir de modelo á un artista del Renacimiento.

Entretanto, empezaba á oscurecer, una luz pálida parecía envolver el panorama en tenues gasas, soplaba un vientecillo fresco y movía cadenciosamente el heno de los ahuehuetes, la luna llena se levantaba sobre el horizonte, y parecía un gran escudo de cobre.

— Cuando quieras que vayamos á nuestra visita puedes mandarlo, — dijo Torres.

Robles dijo que luego; el coche regresó con rapidez rodando por la hermosa calzada de la Reforma; ya había oscurecido enteramente cuando llegaron á la Alameda.

Robles mandó detener el coche, bajaron él y su amigo, el amo ordenó al cochero que se volviese á la casa.

La luna proyectaba rayos oblicuos sobre el suelo y paredes, bañándolos en tintes fantásticos; hacia el norte se veía la Alameda como enorme y grueso cortinaje, por el oriente distinguíanse, hasta perderse de vista, las luces de San Francisco y Plateros.

Los amigos, después de dar algunos pasos para dar tiempo á que el cochero se alejase, tomaron un coche de sitio que los llevó á casa de la damisela, que los recibió con amabilidad. El Chango mandó traer botellas de champaña, y encargó al Hotel de Itúrbide el número competente de cenas.

La velada fué alegre, animada y ruidosa, la dueña de la casa hacía los honores con un desenfado encantador. Robles estaba muy contento, la damisela era suave como una caricia, blanca como la nieve, de cabellera rubia, fresca como un fruto maduro, de un buen humor inagotable, incitante, bulliciosa y embriagadora como el champaña que el Chango hacía servir con profusión.

A eso de las diez estaban cenando; la rubia alegre y decidora, Torres complaciente y el Chango ebrio, y no de regocijo; sentía una sed devoradora, y bebía y bebía; la damisela juzgó del caso no dejarle tomar ya, no bastó su blando influjo, y fué preciso que Torres interviniese. Pero Robles, poseído por el demonio irascible de la bebida, mandó á Torres á todos los diablos y siguió bebiendo.

La damisela meneaba la cabeza, demostrando pena é inquietud; el Chango estaba abotagado, más feo que de costumbre, con la ropa desarreglada, y se iba poniendo

muy necio; le obcecaban dos imágenes: una sombría, la de Pacotillas enfermo, moribundo quizá; la otra desagradable y cómica, la de su mujer, fea, flaca, huesuda, narigona y malhumorada. Para conjurar esta última y poco grata visión, tentaba las frescas carnes de la damisela, suaves como un algodón, y clavaba la vista en los grandes ojos, en la hermosa nariz, en la tez blanca, y en la provocativa boca de la alegre mujer, dándole hambrientos besos.

—Oye tú, me has de comprar unas dormilonas de brillantes, —le decía la Venus mercenaria.

—Te compraré hasta la custodia de Catedral.

—Oye, Robles, no se te olvide que quiero ser diputado, no dirás que no he hecho méritos.

—Sí, vendrás á la Cámara, pero ¿y si se muere Pacotillas? —exclamó Robles con voz balbuciente, y cara y ademanes de borracho.

La idea de Pacotillas le perseguía, le obcecaba, se apoderaba de su espíritu proyectando una imagen negra, que parecía la sombra de su regocijo.

—Si se muere lo entierras, —dijo Torres riéndose.

—No, si se muere te mato.

Y apoderándose del borracho terrible furia, descargó un puñetazo tremendo sobre su amigo.

—Juan, ya te empiezas á poner pesado, —dijo Torres.

Robles le descargó un nuevo puñetazo, la hermosa bacante intervino entonces, diciendo:

—Oye tú, no le pegues á ese, no es tambora, ¿qué es tu pariente ese Zoquillas?

—Es mi hermano, —contestó Robles, y se enterneció y se puso á llorar.

—No te pongas baboso, —dijo la mujer, —porque me voy.

—Tú no te vas, eres mi mujercita; si quieres nos casaremos luego, éste hará de padre.

Y se precipitó sobre ella comiéndosela á caricias, jugando con su cabello, y queriendo desabrocharle el vestido; ella se reía á carcajadas y se defendía.

Robles seguía bebiendo, su embriaguez se acentuaba cada vez más, se iba poniendo verdaderamente insoportable: ya mostraba una alegría estrepitosa, y canturreaba y se reía á carcajadas, ya parecía caer en profunda melancolía, ya le acometían furiosos ímpetus, en los cuales descargaba puñetazos, y decía palabras soeces. Como monótono estribillo, decía á Torres á cada momento:

—Oye tú, ¿y si se muere Pacotillas?

Otras veces se acordaba de su mujer y se burlaba de ella, poniéndose muy alegre por no tenerla delante, y por haberla sustituido con aquella Venus. Pacotillas, Rosita, la damisela y extrañas figuras licenciosas y lúbricas, se mezclaban confusamente en su cabeza, bailando una especie de danza macabra. De repente le acometió una especie de furor, descargó terrible puñetazo en la mesa, empuñó con furia un vaso, lanzándolo contra un espejo, que se hizo mil pedazos, esparciéndose como tupida granizada cristalinosa fragmentos de todos tamaños.

—¡Ay! —gritó la rubia con su voz chillona, —éste está loco; te voy á amarrar.

—Aquí tengo dinero para pagarte ese vidrio; si se me